

miento de las Comisiones eclesiásticas, que se compusieron casi de los mismos individuos que las antiguas. La presidencia de todas fué confiada al cura D. José Canuto Vela, y como si los ensayos hechos en los años anteriores no hubiesen enseñado nada á nuestros hombres públicos, el general Vega circuló á los jefes de los cantones militares casi las mismas instrucciones que se habían dado en 49 y 50 para conciliar los trabajos de los comisionados con las operaciones de la campaña. El cura Vela se separó de su parroquia de Izamal para pasar á Peto; pero en los momentos en que llegó á esta villa se recibió la noticia de un suceso inesperado, en que se le llamaba á ejercer todavía más lejos sus funciones de pacificador.

Un hombre extraño á Yucatán, el corregidor del Petén, D. Modesto Méndez, había concebido desde el año anterior el proyecto de pacificar por medio de la persuasión á los indios de Chichanjá. Parece que este pensamiento le había sido inspirado por el coronel D. Cirilo Baqueiro, y deseoso de realizarlo á la brevedad posible, lo puso en conocimiento del gobierno de Yucatán, pidiéndole instrucciones. El Sr. Barbachano aceptó con gusto sus buenos oficios, y le envió una nota en que le confiaba la misión que deseaba desempeñar. Entonces el corregidor Méndez, previa licencia del presidente de Guatemala, de quien dependía, se trasladó á Chichanjá, adonde llegó el 19 de agosto de 1851, llevando por única compañía al cura del Petén, D. Justo de la Cruz Hoil.

Un valiente sacerdote, llamado D. Felipe de Jesús Rodríguez, que había permanecido en Chichanjá á pesar de la sublevación, conoció á los viajeros en los momentos en que entraban en el pueblo y se dirigían á la iglesia á hacer oración. El padre Rodríguez mandó repicar las campanas en señal de regocijo, y como además de esto la visita del corregidor había sido anunciada de antemano, numerosos grupos de indios se presentaron en la plaza, con el objeto

de averiguar lo que pasaba. Estos grupos no tenían, sin embargo, nada de hostiles, y el corregidor los aprovechó para comenzar á poner en práctica su proyecto. También hizo una visita con el mismo objeto al comandante principal, D. Angelino Itzá, descendiente acaso de los antiguos caciques del Petén. El cura Hoil le secundaba eficazmente en todas sus gestiones, haciendo comprender á los indios los beneficios de la paz é invocando en favor de ella los principios de la religión que profesaban. Estos discursos produjeron, al parecer, una impresión favorable en el ánimo de los habitantes de Chichanjá, y pidieron el término de dos días para convocar una reunión general y consultar su opinión.

Al espirar el término señalado, los indios se presentaron á sus huéspedes, manifestándoles que estaban dispuestos á deponer las armas, siempre que el territorio que ocupaban fuese agregado á la república de Guatemala. El corregidor del Petén se negó á aceptar esta condición; pero les empeñó la promesa de que el arreglo que celebrasen con el gobernador de Yucatán sería cumplido estrictamente, como se lo garantizaba él mismo bajo su palabra de honor, y aun con su propia vida. Los indios se dejaron al fin persuadir, y firmaron un acta en que se sometían al gobierno de la Península y se comprometían á no intervenir en adelante, por ningún motivo ni pretexto, en la guerra que hacían los bárbaros á las razas civilizadas del país (6). El corregidor del Petén remitió una copia de este acta al gobernador Barbachano, y el cura Vela desistió del viaje que había proyectado á Chichanjá, porque ya no habría tenido ningún objeto.

Si el lector recuerda que Chichanjá era uno de los pueblos en que los ingleses hacían con los indios el comercio de armas y pólvora, no dejará de comprender que tenía

(6) *El Siglo XIX*, número 188, suplemento.

bastante importancia la pacificación que acababa de verificarse. Desgraciadamente, ésta no podía ni debía ser duradera. Rodeado aquel pueblo de las hordas belicosas que aun estaban en armas contra el gobierno del Estado, no era fácil que consintiesen en tener una tribu enemiga ó neutral en un territorio donde fácilmente podían ejercer un dominio absoluto. Así sucedió, en efecto. Aun no había transcurrido un mes de la retirada del corregidor Méndez, cuando José María Barrera levantó unos quinientos hombres de su campamento de Chan Santa Cruz y restableció el imperio de la barbarie en Chichanjá, aprisionando á varios de los jefes que habían prestado obediencia al gobierno del Sr. Barbachano (7).

Ningún otro suceso notable aconteció en el resto del año que venimos historiando, si se exceptúa el ataque que el 19 de diciembre dirigieron los indios contra el cuartel de Tihosuco; pero del cual fueron rechazados después de un combate de dos horas, en que experimentaron pérdidas considerables.

En el siguiente año 1852, el general Vega se propuso llevar á cabo una grande expedición, que debía tener por objeto recorrer simultáneamente las principales guaridas de los bárbaros en el extenso territorio que ocupaban. Cada una de las brigadas de la división Vega debía sacar una fuerza que operase en la región que le correspondía, conforme á las instrucciones que oportunamente se comunicaron á sus jefes respectivos. La sección del Oriente fué puesta á las órdenes del coronel D. Lázaro Ruz; de los Chenes debían salir tres secciones, mandadas por los coroneles O'Horán, Baqueiro y Ruiz, y en cuanto á la expedición del Sur, debía ser conducida por el mismo general en jefe. Vamos á ocuparnos especialmente de esta última, porque las cuatro primeras casi no hicieron otra cosa que

(7) Periódico oficial citado, número 200.

recorrer sin ningún obstáculo el itinerario que se les había señalado, recogiendo prisioneros y familias que vagaban por los bosques.

El general Vega se situó en Tihosuco desde los primeros días del mes de enero; pero fueron tantos los obstáculos que se le presentaron para realizar su proyecto, que no pudo salir sino hasta el 19 del mes siguiente, llevando consigo una columna de 600 hombres. El 21 llegó á Kampocolché, último punto guarnecido de nuestra frontera, y después de haber dividido allí su fuerza en tres secciones, continuó su marcha para Santa Cruz, con el ánimo de destruir esta guarida, que había llegado á ser ya la principal de los sublevados. La marcha fué bastante penosa, porque la exuberante vegetación de aquella zona había cerrado casi completamente los senderos y veredas, y porque algunas veces hubo necesidad de detenerse para escarmentar á los indios, que dirigían frecuentes tiros desde el bosque. El 24 llegó la expedición á las inmediaciones de Santa Cruz, y dispuesto el ataque por tres direcciones distintas, la guarida cayó en poder del general Vega, después de una pequeña resistencia que experimentó la sección que mandaba el coronel Novelo.

El general hizo recorrer las inmediaciones, y luego que las hubo reconocido perfectamente, haciendo al enemigo algún botín y unos cuantos prisioneros, emprendió de nuevo su marcha con dirección á Bacalar. Desde este momento comenzó á ser hostilizado con mayor insistencia por los sublevados que habitaban la comarca; pero habiendo salido vencedor en todos los encuentros, llegó á Petcacab en los primeros días de marzo. Allí dividió su fuerza en dos fracciones, para avanzar simultáneamente á Bacalar por los dos caminos que llevaban el nombre de *viejo* y *nuevo*, y habiendo puesto á las órdenes del coronel Novelo la sección que se dirigió por el primero, él se puso en marcha con la otra por el segundo. El general llegó antes al punto

de su destino, porque el coronel Novelo encontró mayores obstáculos en su marcha. En cambio encontró también una buena cantidad de maíz, que condujo después á Bacalar. La expedición descansó algunos días en esta villa, y en seguida emprendió su marcha para Chichanjá, cuyo pueblo había sido ocupado previamente por las secciones de Baqueiro y Maldonado, según las instrucciones que habían recibido. El 27 de abril, en fin, el general Vega se hallaba de vuelta en la villa de Peto, después de haber recorrido en el espacio de dos meses las guaridas más importantes de los sublevados en el extenso territorio que ocupaban (8).

Pero mientras las tropas del gobierno hacían esta marcha triunfal por los bosques y desiertos, los bárbaros, que no se atrevieron á salirles al encuentro, tomaban su revancha en nuestra frontera, que había quedado débilmente guarnecida. José María Cocom invadió el cuartel de Dibalchén, incendió varias casas y se llevó á sus aduanares varias familias. Zacarías May acometió á Tekax, llegó hasta las inmediaciones de la plaza y no se retiró sino después de haber sostenido un rudo combate con la guarnición, que experimentó algunas pérdidas (9). Los ranchos Chuhuas y Nohbec también fueron incendiados por los bárbaros; pero cuando se retiraban ya á sus guaridas, satisfechos con su hazaña, fueron alcanzados por la sección con que el general Vega se retiraba á Peto, y fueron batidos y despojados del botín que llevaban consigo.

Otras muchas expediciones visitaron el campo enemigo en el resto del año de que nos venimos ocupando. Pero ninguna tuvo la importancia de la que á mediados de junio emprendió el coronel Novelo, con el objeto de llevar por tierra el relevo de la guarnición de Bacalar. Este jefe distinguido salió de Kampocolché el 15, y como llevaba órde-

(8) *El Siglo XIX*, número 294.

(9) Periódico citado, número 264.

denes de pasar por Chan Santa Cruz, con el fin de procurar la sorpresa de esta guarida, emprendió su marcha por senderos extraviados, para evitar la vigilancia de los espías que el enemigo tenía esparcidos á las inmediaciones de su campamento. Estas precauciones produjeron el mejor resultado posible, porque aunque al tercer día de marcha sobrevino un fuerte aguacero, el coronel Novelo no quiso detenerse y cayó sobre Chan Santa Cruz en los momentos en que aun no había calmado la lluvia. La sorpresa fué tan completa, que los indios sólo se atrevieron á improvisar una leve resistencia para huir en seguida, dejando en la plaza una veintena de cadáveres. Entre éstos se hallaban el del cabecilla Calixto Yam y el del famoso caudillo Venancio Pec, muerto en una especie de combate singular que tuvo con el subteniente D. Julián Garma durante el ataque. No fueron éstas las únicas ventajas que alcanzó la expedición, porque también fueron recogidas algunas armas y rescatados todos los prisioneros que los indios habían hecho en sus incursiones anteriores. La población fué destruída por el coronel Novelo, conforme á las instrucciones que llevaba, conservando solamente la iglesia, que podía servir de alojamiento á los soldados en las expediciones venideras.

Concluída esta operación y exploradas cuidadosamente las inmediaciones, la fuerza volvió á emprender su marcha el 20 con dirección á Bacalar. La comarca estaba todavía bastante poblada de sublevados, y no fueron pocas las partidas á que hubo necesidad de batir para que franqueasen el paso. Entre éstas había una mandada por un desertor de nuestras fuerzas, llamado Lira, que comenzaba á hacerse célebre entre los indios. El coronel Novelo, después de haber hecho varios esfuerzos inútiles para dar alcance á este nuevo campeón de la barbarie, llegó á Bacalar en la mañana del 28. Detúvose allí algunos días, con el objeto de merodear en los alrededores y reunir los víveres necesa-

rios para la guarnición que iba á dejar. Alcanzado este fin con algunas pérdidas que tuvieron los sublevados en las escaramuzas que provocaron, el jefe de la expedición se volvió á Kamocolché en los primeros días de julio, con la fuerza que fué á relevar (10).

Cansaríamos inútilmente la paciencia del lector, si nos propusiésemos hacer una reseña siquiera de todos los demás movimientos militares que se practicaron en la última mitad del año. Llamaremos solamente su atención sobre una circunstancia. Era tal la confianza que nuestros soldados habían llegado á adquirir por esta época en su fuerza, que ordinariamente se veían salir de los cantones partidas de cuarenta ó cincuenta hombres que se internaban valerosamente en el campo enemigo para sorprender las guardias de que se tenía noticia. Pero al lado de este hecho puede señalarse un fenómeno. Los indios del Oriente, que casi no habían dado señales de vida en el año anterior, volvieron á hacerse sentir, atacando algunos pueblos y ranchos de la frontera. Atribuyóse esta reaparición á los nuevos auxilios que los sublevados habían recibido de Belice y á algunas partidas que á causa del hambre habían emigrado de los pueblos restaurados de aquella comarca.

Pero pronto debían ocurrir otros sucesos, que iban á dar un nuevo impulso á la guerra social, en los momentos en que parecía ya próxima á terminar.

(10) *El Siglo XIX*, números 315 y 331.

CAPÍTULO XXII

1853

Actitud que desde 1848 venían guardando los partidos políticos.—El de Méndez hace la guerra á Barbachano en el periodismo y en la elección de diputados al Congreso de la Unión.—Es apoyado sucesivamente por el comisario D. Joaquín Castellanos y por el comandante general Vega.—Plan militar de Jalisco, que coloca en la presidencia de la república al general Santa-Anna.—En Yucatán es secundado el movimiento con el objeto de derrocar á Barbachano.—Medios de que se valen sus enemigos para conseguirlo.—Recae el gobierno en el vicegobernador Pinelo y después en el general Vega.—Los barbachanistas promueven una reacción que estalla en el Oriente, y las fuerzas pronunciadas se precipitan sobre Mérida al mando del coronel Cepeda.—Acude en auxilio de la capital D. Eulogio Rosado, y huyen los sitiadores.—Últimos episodios de la revolución en Izamal y en Tizimin.—Fusilamiento de Molas.—Reflexiones.

Apartemos ahora nuestra vista del campamento de los sublevados para fijarla en la región civilizada de la Península, donde las pasiones políticas iban á envolverla muy pronto en un nuevo género de dificultades. Es verdad que los dos partidos personalistas en que se hallaba dividido el país, se habían mantenido en calma desde los primeros meses de 1849, en que Barbachano fué elevado al Poder por el voto de sus conciudadanos. Pero esta calma no había sido mas que aparente. Si el peligro común de la sublevación indígena logró encadenar por cuatro años la guerra civil, no consiguió extinguir el antagonismo entre aquellos dos bandos, que en rigor profesaban los mismos principios políticos.

El fuego de la discordia se había mantenido especial-